

Pornografía

El país entero ha sido conmovido por los sucesos acaecidos en diversos hogares por la acción de esa extraña secta que sostiene las doctrinas de un tal Silo. En lugar de una fe los jóvenes que han acudido a los "templos" de esa secta sólo han encontrado corrupción y depravación.

Cuando ya los hechos han adquirido contornos de escándalo nacional se ha producido la reacción al extremo que el Ministerio de Educación a través de su titular ha manifestado la decisión gubernativa de combatir a esta secta y sus "ideólogos". Pero la verdad es otra. Somos todos nosotros, los que conducimos la opinión pública, los que guiamos y orientamos, los verdaderos responsables de que cuatro o cinco inmorales aprovechados echen sus redes en el mar inmenso de la juventud para su pesca fabulosa.

Estamos viviendo la era de la industrialización de la pornografía y la inmoralidad. Y no queremos reparar en ello, preferimos culpar a otros.

Un eminente sacerdote que prefiere cumplir con los deberes que le impone su ministerio y no intervenir en la política contingente, como sucede con otros, don Ramón Munita Eyzaguirre, Obispo de Puerto Montt, ha expresado en una carta a la prensa el verdadero quid del problema. También lo señaló el pastor evangélico Sr. Pedro González. Se trata de la industria de la pornografía.

So pretexto de nuevas teorías acerca de sexología y educación sexual, individuos inescrupulosos han montado el gran negocio de la pornografía. Se desarrolla este negocio en los impresos, en el cine, en televisión y en los espectáculos públicos. Pingües utilidades y fabulosas fortunas se han obtenido a través de esta explotación de la sexualidad, incluso con mañosas artimañas de falso cientismo. La verdad es que a través del vicio y la depravación solo se busca el lucro.

Un cinematógrafo de la capital, sin ningún recato, exhibe carteles que además de pornográfico son una ofensa a la estética y al buen gusto. So pretexto de educar sexualmente al público exhibe un film que es un monumento a la ruindad humana. Nos llama la atención que la censura cinematográfica acusada de pacata y exagerada, puntillosa para rechazar escenas audaces en materia sexual, no intervenga en la publicidad que se hace en plena calle, a la vista de todo tipo de observador. Pero lo que más nos extraña es la reacción pasiva de la mujer chilena que asiste a una era donde se le ha convertido impudicamente en un objeto de compraventa, sólo en un instrumento de placer que puede exhibirse y adquirirse por unos cuantos escudos.

La juventud nuestra es sometida a este indigno comercio y los resultados son claros, palpables, palmarios. Por eso tiene éxito prédicas como la de la secta que se atribuye nada menos que el título que sublimizara Herbert Marcuse: el Poder Joven.

Nos atreveríamos a decir que el Poder Joven no es tal. Se trata lisa y llanamente de la corrupción de los adultos que lucran con la pornografía que expenden como artículo de primera necesidad a niños y adolescentes.

Nuestra sociedad y en especial las mujeres chilenas deberían reaccionar violentamente contra el deleznable comercio del sexo y la depravación. Lo que mas nos subleva es reconocer que fuertes contingentes de divisas son dilapidados en importar filmes y publicaciones sin ninguna calidad artística o científica, pero sí riquísimas en podredumbre.